

Tenemos nuestras tareas divididas: dos traen cervezas; uno velas; otro, si aparece, ya es todo un logro... ¿Qué llevo yo? Una *ouija*.

Quedamos cerca de un hospital abandonado. Bebe-
mos, reímos, evitamos que se note nuestro nerviosismo. Nos envalentonamos entre nosotros, achacamos el tem-
blor de manos al frío. Mientras anochece la cencellada surge, la niebla nos oculta de miradas curiosas: nos converti-
mos en siluetas desdibujadas de aquellos que perecieron por tuberculosis. ¡Espectros!

Miro el reloj: «Es la hora». Nos adentramos con paso vaci-
lante. Ya no hacemos bromas. El flash de nuestros móvi-
les brilla partiendo en dos la niebla; estocadas luminosas
abriéndonos paso. Al cruzar el umbral del hospital la atmós-
fera cambia: el aire es denso, pesa sobre nuestros hombros. Nos sentimos observados: pelos como escarpas...

Paredes con la pintura desconchada, vegetación fusio-
nándose con un mobiliario ennegrecido y podrido por la
humedad; esporas de moho se elevan con cada pisada. Cruzamos el recibidor hasta acceder a una de las habita-
ciones. Yo *elijo* cuál.

Una ventana con rejilla, somieres desvencijados y un
armario con las puertas descolgadas se convierten en
nuestra «sala de juegos». Encendemos las velas, saco la
ouija de la mochila y nos sentamos a su alrededor. Colo-
co un vaso sobre el tablero. Todos apoyamos un dedo en él. Silencio sepulcral, nos miramos.

—¿Hay alguien aquí? —pregunto en voz alta.

Observamos el entorno. Las velas proyectan nuestras
estilizadas sombras sobre las paredes. Desconfianza y
temor a partes iguales...

—Si hay alguien aquí, ¡que responda!

—Poor favor —añade otro con un hilo de voz.

Notamos cómo se desliza suavemente el vaso... Recorre
el tablero, nuestros ojos dan fe de ello: «Mi hijo —forman las
letras—. ¿Y mi hijo?».

—¡Ja! —exclamo excitado—. Muy agradecidos... ¿Quién está
empujando el vaso?

Una ráfaga de viento extingue casi todas las llamas. Las
bisagras del armario chirrían, todos nos giramos. Un sonido
gutural sale de su interior; una mano se desliza por el canto.

—¡Ostia bro! —exclama uno.

—No... ¡No quitéis el dedo del vaso! ¡No rompáis el vínculo!

—¡Los cojones! —farfulla otro.

Gritan, hacen aspavientos, sus caras palidecen. Huyen
despavoridos, sus sombras los acompañan... Queda un
único dedo en el vaso: el mío... Aguanto unos segundos. Río
a carcajadas: «Ha salido *mejor* de lo que esperaba».

—¡Ya puedes salir! Menudos acojonados... Te lo dije, se
iban a mear encima.

Al instante suena mi móvil. Respondo:

—¿Para qué me llamas? ¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? Llevo veinte minutos pasando frío
en este armario que huele a muerto y no aparecéis. Y de
repente escucho gritos.

—Deja la coña. Venga, sal Néstor, que nos piramos.

—¿Qué dices? Si estoy con estos, afuera.

La madera cruje. Miro al armario. Una silueta se desliza
directa hacia mí. Levita, las velas no proyectan su sombra.
El vaso empieza a moverse: «¿Y mi hijo? Mi hijo...».

Mis pupilas se dilatan, mi rostro se deforma del pavor,
las velas se apagan. El vaso estalla.

«¡Hijo mío! Ven».

RELATOS CORTOS

DESCUBRE MÁS EN
[VICTORELBIZARRO.COM/LIBROS](https://victorelbizarro.com/libros)

VICTOR
EL BIZARRO

